

Yo quisiera que este estudio se repitiese y renovase cada año, y que se ocupase el año entero en su ejercicio; que todos los discípulos de las clases estuviesen obligados desde que han pasado la edad de diez y seis años á dedicar un año á este estudio, y que á medio se le diese el grado de bachiller sin presentar certificación de esta curso y de haber sido aprobado por los examinadores nombrados para esta fin; y también deseara que este mismo se practicara generalmente en todos los estudios, aun en los de las comunidades religiosas.

Asimismo me parecería conveniente que á ninguno de aquellos á quienes se confiere por la primera vez un empleo, sea político, civil, militar ó de cualquiera otra especie que sea, se le pudiese en posesion sin haber presentado una igual certificación de haber sido aprobado por alguno de estos examinadores; y sería la obra completa á los prelados también prescribiesen que ninguno pudiera servir de padrino ó madrina en los bautismos, confirmaciones ó casamientos sin producir una certificación semejante.

Me hago cargo de que será más difícil instruir al pueblo porque no es posible darle puntos fáciles de retencion en que se pueda juntar para que se instruyan á un tiempo; pero lo que falta á esta clase de proporciones y facilidades, se debe suplir con la abundancia, y para esto es menester reparar esta divina palabra con tan targa mano que pueda llegar á los menes aplicados, y las iglesias son el santuario en que debe frecuentarse esta enseñanza.

Me parece que si todos los domingos, ó en el número que pareciera suficiente para empezar y acabar cada año, se diese al pueblo una lectura de este libro en tantas iglesias como hay en la nación, me parece, digo, que serian innumerables los fieles que instruidos de la grandeza y certidumbre de su religion, se excitarian no solo á amarla y obedecerla, sino tambien á unirse con ella con lazos tan indisolubles que ningún esfuerzo humano los podria separar. En mi dictamen esta instruccion es tan eficaz para reformar las costumbres y hacer buenos cristianos como los sermones mas urgentes sobre los puntos mas terribles del moral.

Porque ¡qué efecto pueden hacer la muerte, el infierno y el juicio en personas que apenas creen ó que no creen mas que tíbiamente, porque su fe es débil y está oscurecida y casi empañada! Si reciben alguna impresion no puede ser mas que fugaz y pasajera, porque el alma no la recibe con una fe viva y persuadida, en vez de que el estudio de la religion convencidos de su verdad, nos descubre al mismo tiempo los designios de Dios, su maravillosa coordinacion tan superior á los limites y oscuridades del entendimiento humano, y nos pone á la vista nuestras firmes y elevadas esperanzas.

Todo esto rentado nos produce sentimientos íntimos, continuos y profundos que nos atraen al respeto, al amor y á la regla. No es posible dudar que esta instruccion tan repetida no haga grandes efectos. Si no se aprovechan todos del fruto, se aprovecharán muchos; estos formarán la pluralidad y darán el tono á los otros. Se puede esperar que derramándose en una mision tanta copia de luz, tanta fuerza de conviccion, y que estando esta sostenida por la autoridad y la ley, al fin se forme un espíritu público tan dominante, que ha de arrastrar consigo á los que por incuria ó corrupcion no quieren seguirle.

¿Quién puede dudar, dijo mi amigo, que si por estos y otros medios se propagara en la nacion el estudio y la práctica de una religion santa y que no predica mas que virtudes que no tienen otro objeto que la felicidad de los hombres, no solo esto sería el mejor preservativo para no dejarnos influir de esta filosofía devastadora, no solo aseguraria esta la consistencia de la religion, la estabilidad del trono y la pública tranquilidad, sino sería el motivo mas eficaz de mejorar las costumbres y hacernos tan felices como la comición humana puede alcanzar á serlo?

Soy del mismo dictamen, dije yo. Así suscribo con todo mi corazón á esta idea, y para haceros ver cuánto se conforma con mi modo de pensar, os diré que desde que mi amigo me encargó la educacion de sus hijos, concebí un proyecto, que aunque en pequeño, se parece mucho al vuestro. Como yo creo que el primero y mas importante estudio del hombre debe ser el de su religion porque ella sola es capaz de excitar á la virtud, me habia propuesto de hacer de ella mi principal objeto; y como los niños no están todavía en edad de hacer un estudio serio y raciocinado, mi intencion era contentarme por ahora con hacerles aprender los primeros elementos y darles las ideas que pueden recibir.

Pero estoy en el ánimo de formar un escrito tal como vos lo proyectais. Cuando los niños estén en la edad competente, esta será nuestra mas continua y privilegiada lectura. No solo la haremos una vez con toda la aplicacion posible, sino que la repasaremos todos los años, y me parece...

Aquí interrumpió mi amigo: Señor cura, vuestra idea es vasta, magnífica y digna de un gobierno ilustrado. A nadie se le puede ocuender su importancia; pero como esto no depende de nosotros, es menester dejarlo á Dios; pero de nosotros depende una idea que me viene al pensamiento y que pudiera ser muy útil. Mariano dice que está en ánimo de hacer este escrito que sirva para la instruccion de mis hijos; y yo digo: ¿por qué este escrito no servirá para la instruccion de este pueblo á que nos ha traído la Providencia? El celo cristiano se debe á todos; que Mariano pues desde luego y sin perder tiempo se ponga á escribirle: él servirá después para mis hijos, pero que entre tanto se lea en nuestra Iglesia; este será un ensayo: la experiencia nos enseñará los efectos que produce y que no pueden dejar de ser muy buenos.

El cura aplaudió mucho la idea, y yo ofrecí poner desde luego manos á la obra. Cuando estubo hecho, el cura y mi amigo la aprobaron. Yo quería dejarla al primero para que él mismo la leyese; pero él me dijo: El cielo os ha traído aquí para la felicidad de este pueblo. Vos no tenéis otras ocupaciones, yo tengo muchas. Vos sois mas nuevo que yo, vos tenéis pecho mas robusto, vos mas fuerza y osadora que la mía; vos podéis declamar con mas claridad y vigor que yo; por todas estas ventajas el cielo os destina á este ministerio. Mi amigo manifestó el mismo dictamen, y después de algunos debates me fué preciso ceder á sus instancias.

Allí mismo resolvimos que estas conferencias empezarian el primer domingo de diciembre, que es el tiempo en que se han concluido los trabajos del campo, y que durarian hasta el de Ramos, y que nuestra lectura empezaria al fin de la misa mayor. Yo me puse á aprender de memoria aquel tratado para poder declamarlo mejor, y le llevaba

siempre al púlpito por si me faltaba la memoria; pero mientras me preparaba á esta empresa, no dejaba de tener alguna desconfianza del suceso, temiendo que mi auditorio se cansase de una novedad á que no estaba acostumbrado.

Llegó el primer domingo de diciembre, y aunque todos los domingos habia un gran concurso á la misa mayor, aquel era inmenso y no podia caber en la iglesia. No me sorprendí, porque como habiamos hecho un convite general, me pareció que este y la curiosidad podian haber traído tantas personas; pero ¡cuánta fué mi satisficcion, cuánto mi consuelo cuando observé que esta concurrencia no se disminuyó en los domingos siguientes! Yo empecé por hacer un discurso preliminar en que expliqué el fin y objeto de aquellas conferencias y el fruto que debía resultar. Lo escucharon con interés, y observé que oian lo demás con gusto y atencion.

Poco después supí que aquella lectura fermentaba en sus corazones, que era el asunto de sus discursos, que los padres la trasferian á sus hijos, á lo menos lo que habian oido, los amigos á los que no habian podido venir; en fin, que todos lo conferian entre sí, y que la luz y la instruccion se iban propagando poco á poco. Tambien observamos que á ningún otro sermón asistian tantos, ni le escuchaban con mas visible complacencia.

La resulta de todo es, que desde el primer año ya se empezó á ver entre las gentes mas rústicas y groseras una

especie de trasformacion en su conducta, tanto por la elevacion de sus ideas, como por una mas seria y circunspecta moderacion en su porte. En mi juicio esta es una de las causas que mas han contribuído á la urbanidad de su trato y á la mejora de sus costumbres, y como cada año se los renovaba la misma instruccion, se ha grabado en los unos y se ha extendido mas en los otros; de modo que me parece que hoy no hay ninguno que no esté enterado de su religion y persuadido de su verdad. Adios, amigo.

P. D. Después de tener esta escrita recibí la tuya en que me das noticia de la nueva comision que te ha dado el gobierno y del nuevo viaje que vas á emprender. El encargo es honroso y te da sin duda ocasion de hacer grandes servicios á tu patria. Esto solo te puede consolar de la incomodidad y del riesgo á que te expones. Y pues tú no vas más que por obediencia y con vivos deseos del acierto, Dios que siempre ayuda las buenas intenciones, ayudará tus dias. Tú te isonjeas con la idea de que volverás presto. Yo lo deseo; pero viajes de esta especie son siempre mas largos de lo que se piensa, y yo temo que esto sea tambien de cuatro ó cinco años como el otro. Dios disponga lo que convenga; pero espero que si en tus viajes hallas medios de darne noticias tuyas, no negarás este consuelo á mi amistad. A lo menos, te pido que cuando vuelvas no me retardas un instante la noticia de tu retorno. Adios otra vez, Antonio mio.

## CARTA XLI.

MARIANO A ANTONIO.

Querido Antonio; ¡Qué agradable sorpresa me ha causado tu amable carta! y cuánto satisficcion me ha producido. Desde que me informaste de tu nuevo viaje y sus justos motivos, no he vuelto á tener noticia tuya, y mi amistad estaba tan quejosa de tu silencio como inquieta de tu muerte. Bien es que un viaje de mar, un destino incierto y un término poco seguro podian hacer para desarmar la queja; pero tambien eran motivos para aumentar el susto, y yo he sufrido mucho en no saber de tí en tan largo tiempo. Pero al fin ya estás de vuelta, y el cielo te ha conducido con felicidad. Yo le doy gracias, y le has dado á tí de que tu primer cuidado haya sido comisionarme el aviso.

Tú quisieras que yo te instruya de nuestro estado y de nuestro establecimiento. ¡Ay, amigo! los tiempos se han mudado. Entonces podia escribirte los progresos y la prosperidad que el cielo comencia á nuestra solicitud con el gozo que siente el corazón cuando pinta dulces asanas que lo gran ser benéficos. La mano corre con ligereza y las rosas le dan el colorido; pero hoy, Antonio, ¡qué diferencal! Un velo fúnebre cubre todo nuestro recinto. Hoy nos ve-

mos rodeados de las funestas sombras de la muerte. Imagina la mayor de las desgracias, y esta es la que lloramos. Mi incomparable amigo, el hombre en quien Dios hizo tan visible el poder de su gracia, el monumento vivo de su misericordia y una de las pruebas mas energicas de la fuerza y virtud del Evangelio, no existe ya. Dos meses ha que el cielo le arrebató de la tierra, que no merecía poseerle, y arrojándole de nuestros brazos, nos ha dejado huérfanos y desconsolados.

Su muerte fué digna de los últimos años de su vida. Este teatro convertido leía y meditaba continuamente los santos documentos que le habia dado su director, que él llamaba su primer apóstol y el oráculo de su corazón. Todo en deseo era grabarle en su espíritu para practicarlos. No obstante, te diré que á los primeros dias de mi arribo advertí que se inclinacion natural le conducía á la tristeza y á la soledad, pero observé que siempre que podias te retiraba al secreto de su cuarto, donde pasaba las mañanas enteras.

Observé tambien que cuando salía de sus meditaciones

traía los ojos encendidos con señales de haber llorado, y que al mismo tiempo venía con gesto tan dolorido y con una expresión tan fuerte de melancolía, que era fácil conocer las angustias de su corazón. Muchas veces se quedaba absorto en sí mismo, no tomaba parte en nuestras conversaciones y era molestar como casi desportearle para que se asociase á nuestros discursos. Era claro que estos eran efectos de su punzante arrepentimiento y de la profunda impresión que le habían dejado los extravíos de su vida.

Un día que estábamos solos y que me pareció que estos sentimientos atribulaban su corazón con mas actividad, le dije: Amigo, tu conducta no me parece conforme á los consejos de tu director. Este te ha dicho que cada estado tiene sus ejercicios, y que cuando Dios nos da una vocación, nos señala en ella las virtudes que exige de nosotros. El solitario, el cenobita ó quien no impone otros deberes, hacen muy bien en consumir su tiempo en el llanto de la penitencia ó en las contemplaciones del amor; pero á nosotros á quienes carga de cuidados activos que tambien son para su gloria, después de haber dado un tiempo suficiente á los santos ejercicios, deben pensar en este desempeño. El cielo nos ha cargado....

Aquí me interrumpió mi amigo, diciéndome: ¡Ay, Mariano! Cuando repaso los muchos y largos errores de mi vida, cuando siento mi corazón cargado con el enorme peso de tantas iniquidades, es imposible.... Y bien, te dirijo yo: Eso mismo debe servirte de consuelo y de motivo para el gozo, pues Dios te ha sacado de estado tan inferior.... ¡Ah! si yo supiera que su bondad me ha perdonado.... ¡Pues qué, dudas de la virtud de los sacramentos.... No; pero dudo de mis disposiciones, dudo de mi fuerza, y dudo que un miserable como yo.... Estos sentimientos son buenos, le interrumpí, y deben servirte para tenerte humillado y vigilante; pero todo tiene su medida y nunca deben excluir la justa confianza. Al contrario, nada podrá inspirártela tanto como ver que te ocupas en las virtudes que Dios te impone, pues esto será señal de que le das su gracia para hacerlo los servicios que le son agradables.

Dios te ha dado hijos que debes criar, casa que debes dirigir, vasallos de que cuidar; ve aquí tus deberes, ve aquí el único campo en que puedes sembrar y recoger virtudes, y las que te embarcan en el cultivo de estas son extranjeras y dejan de ser virtudes, porque son contrarias al espíritu de tu vocación. Después que un hombre que se halla en tu estado empieza á santificar el día, pagando á Dios el primer tributo de su reconocimiento y amor; después de haber dado algún tiempo á la meditación de su ley, de su grandeza y de sus beneficios; y en fin, después de haberlo ofrecido el inefable y angustioso sacrificio, qué puede hacer mejor en lo demás del día, sino ocuparse en los objetos de que el mismo Dios le encarga? Todo es oración para el que ejercita lo que Dios le ordena. La intención lo santifica todo, hace divinas las cosas más indiferentes, y transforma en preciosas las más viles.

Sin duda que es un motivo eterno de disgusto para el hombre haber desconocido y agravado á su Dios, haber malogrado muchos años de su vida y haber hecho cosas cuyo recuerdo destrona el corazón; pero esta es la condición de la fequeza humana. ¡Y qué otra cosa puede hacer el

miserable cuando ya están hechas las faltas, que recurrir á los remedios que la religion le presenta! El que ya tiene la felicidad de haberse acogido á este sagrado, el que ya siente que con un sincero dolor está resuelto á perder la vida antes de ofender á Dios y que le pide de veras que sostenga su flaqueza, haría mucha injuria á su misericordia y manifestaría no fiarse bastante en sus promesas, si desconfiara de su perdón y no esperara en los socorros de su gracia.

Esta conversacion fué muy larga y me parece que hizo algun efecto en su espíritu, pues desde aquel día le noté tomar un tono diferente. Le observé que en todas ocasiones procuraba esforzar su ánimo con las ideas de la humildad de confianza que la religion nos prescribe; y me pareció que con una progresion insensible estas ideas daban otra expresion á su exterior. En efecto, la confianza logró introducirse en su alma y la seriedad en su semblante. La solidez y la hermosura de la religion de que se hallaba tan penetrado; habían aumentado su natural sensibilidad, y siempre que se recogía en la oración ó cuando hablaba de Dios, los ojos se le enternecían con el llanto.

Pero esto llanto era de otro carácter: ya no eran las lágrimas amargas de una compuncion austera que derrama el dolor por un mal que considera irremediable y que acomaña las inquietudes del temor; eran lágrimas de un corazón agradecido que siente la inmensidad del beneficio y quisiera pagarle con la confianza del amor. Su paso era mesurado, su traje simple, pero decente; su exterior circunspuesto, pero amable; su tono serio, pero dulce; y como á todo esto se juntaba su noble y agradable fisonomía, adornada ya con los blancos cabellos que le empezaba á dar la edad, todo representaba en él la figura del buen cristiano y del hombre de bien.

Era imposible verle sin amarle y sin sentirse penetrado de respeto y veneracion. Su aspecto solo inspiraba la confianza y exhortaba á la virtud; pero estos sentimientos crecian mucho cuando se le miraba de mas cerca. Su vida era sobria, sujeta á una regla, y siempre ocupada en sus obligaciones. No solo fué el alma, el móvil y el que hacia todos los gastos de nuestra sociedad, sino el mas ardiente de sus cooperadores. A pesar del descaño de su educacion, sus talentos naturales le hicieron adquirir una inteligencia superior en todos los objetos de las artes, y la hizo servir á nuestra utilidad con muchas ventajas.

Después de reglar todas las mañanas sus negocios domésticos y mientras yo me ocupaba de la ensenanza práctica de sus hijos, mi amigo recorria todos los dias las fábricas, sus trabajos y manufacturas. A todas llevaba la inteligencia, el acierto y el estímulo del celo. Tambien visitaba los enfermos y necesitados. Añadia á los socorros mas necesarios que habia suministrado la sociedad, los que su beneficencia creia útiles ó agradables. Los consueles, despertaba la atencion de los asistentes, de los ministros de la salud, y sobre todo, procuraba la prontitud de los socorros cristianos cuando el peligro los hacia oportunos. Lo único que se permitía cuando le quedaba algun tiempo antes de comer, era dar un solo paseo por el campo. No decia que esta era la hora de su grande letargo, porque iba á leer lo que Dios nos ha escrito en el libro inmenso de la naturaleza; las reflexiones del día solian ser el asunto de la conversacion en la mesa.

Esta era frugal, pero proporcionada y suficiente para nosotros y su familia, sin permitir nada equívoco ni costoso. Después de comer ya no se apartaba de nosotros y cuando el sol empezaba á templar sus ardores íbamos juntos al paseo. Creia que este ejercicio era conveniente para sus hijos y se complacía en verlos correr, saltar y acostumbrarse á toda especie de fatigas con los demás muchachos del pueblo! Decia que esto era útil para fortalecer su temperamento; para hacerlos adquirir agilidad, y el mismo los excitaba con el estímulo de ganar los premios en los combates gimnásticos de nuestras fiestas.

Algunas veces nos ocupábamos en nuestros paseos con el estudio de la historia natural. Mi amigo la aprendía con una misteriosa solicitud, y cada flor, cada planta, cada piedra le daban nuevos motivos de admiracion y de amor hacia el Autor de las maravillas tan bien organizadas. Una parte de las primeras horas de la noche, mientras yo me ocupaba con los niños, él pasaba en reglar sus negocios domésticos ó en meditar la ley divina. Cuando yo acababa mis lecciones hacíamos todos una lectura útil, que él animaba con reflexiones oportunas, y yo admiraba con frecuencia el fuego de la virtud en que ardia su corazón y que tambien encendia nuestras almas. La cena y las oraciones de la noche llenaban lo demás del tiempo, y así acababa un día que no era mas que repetición del presente y ensayo para el venidero.

Ya puedes figurarte que el irresistible ascendente de la virtud, añadido á una beneficencia tan universal y un celo afectuoso tan extendido como vivo, debieron ganarle todos los corazones. En efecto, todos le miraban como un ángel tutelar descendido del cielo para consolar y felicidad de esta poblacion. El sentimiento que tanta virtud y tantos beneficios produjeron en todos sus vasallos, no era solo aquel respeto que inspira la superioridad de los talentos, del nacimiento y de la fortuna; tampoco era aquella reverente sumision que nace de la dependencia, ni aquel servil acatamiento con que se espera el beneficio; menos era aquella humillacion baja con que se presenta la esperanza cuando la acompaña el temor; y tampoco bastarian para describir este afecto ni las ideas que dejan la natural veneracion que se acreta al mérito, ni la satisfacion que produce la confianza y la ternura que se gana el amor; era un sentimiento compuesto de todos estos, y los habitantes felices de este pueblo cuando veían á mi amigo, sentían movimientos en su corazón y hallaban en sus labios expresiones que nunca habían podido producir en sus almas la vista de sus padres, hijos, maridos, y otros objetos mas tiernos de su vida.

De aquí puedes inferir el grado de autoridad que llegó á adquirir entre todos, sin desear tener ninguna, ni mandar jamas nada. Su juicio solo le arreglaba todo. Ya no habia pleitos, porque él componía todas las diferencias. Menos se veían enmendadas públicas ni desavenencias domésticas, porque él llevaba á todas partes la paz y la amistad en sus labios; y bastaba el temor de desagradarle para que todos y cada cual cediesen á costa de penosos sacrificios.

A medida que las gentes se iban frustrando, el valor de sus oficios públicos iba adquiriendo mayor fuerza, y llegó el momento en que cada palabra suya era un oráculo y cada ejemplo una ley. Dichosas ellas! pues mi amigo no se servía de la autoridad que le daban sino para hacerlos

felices, para dirigirlos por las sendas de la virtud y para reformarles las costumbres. No hay hombre que crecido de tropa y oñones se haga obedecer con tanta exactitud y tanto gusto. Mi amigo no tenía mas armas que sus labios, mas castigos que su celo, y una palabra suya bastaba para reprimir el desorden, hacer respetar la virtud y contentar las pasiones.

Dios le dió tiempo no solo para emprender y acabar todas las empresas que imaginó útiles para la felicidad de esta poblacion, sino para que pudiese ver los frutos y gozar él mismo de los beneficios que habia hecho. Este pueblo es hoy el trono de la paz, el centro de la abundancia y el modelo de lo que puede haber en la perfeccion humana. Todo está corriente y arreglado, no hay vicioso ni mal entretenido; un mendigo sería un oprobio, un borracho un escándalo. Cada cual se aplica á su profesion respectiva, y ya se tiene por vergonzoso no estar aplicado á su oficio el día de trabajo.

Los días de fiesta se pasan entre las funciones de la iglesia y las inocentes diversiones que están destinadas para cada uno de estos días y todas tienen el objeto de ocupar un tiempo que sin ellas se pasarían en vicios ó discordias. Todos están educados de manera, que por sí solos puedan contribuir á la mejora de todos los estados. La niñez adquiere agilidad, industria y fuerza; la juventud se forma, adquiere ideas de honor, estimulos de gloria y principios de obediencia y virtud; uno de los sexos en medio de la decencia y con las reglas del desuso estubo; la compañía y la dulzura de su vida, y al fin la ancianidad halla el reposo y el respeto, que debe ser la recompensa de sus largas virtudes. Así las buenas costumbres se esfuerzan con los ejemplos prácticos y se corroboran mas pronto son mas repetidos. Por este orden cada uno se pone en el lugar que debe, y de este arreglo general resulta la armoniosa consonancia de que nacen la paz, el concierto y la felicidad de todos.

Pero lo que sobrepasa mas eran las virtudes domésticas. Mi amigo concibió desde luego que estas son la base de las públicas y que sin ellas es en vano querer buscar las otras. Con este principio tan seguro su primera ocupacion era poner en estimacion y valor el amor conyugal, la fidelidad de los esposos, el amor y cuidado bien dirigido de los padres, el respeto y la obediencia de los hijos, y en fin, la caridad, la paciencia, la dulzura y todas las demás virtudes de la sociedad humana que la religion tambien consagra; y en poco tiempo consiguió hacer una transformacion tan general y notable, que presto la fama llevó nuestra reputacion mas allá de nuestra comarca.

Ya los niños de los pueblos vecinos tenían las muchachas de nuestro lugar; pero estas preferian mucha pena en dejarle. Las grandes señoras de las ciudades ricas eran muy dichosas cuando podían encontrar una criada educada en nuestro pueblo; pero eran pocas las que querían serlo. En fin, bastaba ya el renombre de nuestra poblacion para dar á cuantos eran de ella reputacion de honrales y de estimacion.

Mi amigo era testigo, gozaba de todo y con la felicidad que habia dado, era mas feliz que ninguno. Cuando algunos veces lo dábamos noticias ó le hacíamos mención de tantos y tan bien logrados frutos de su celo, él nos respondia con los ojos llenos de dulces lágrimas de su placer: nosotros

hanos plantado y regado; pero Dios es el que ha dado el incremento.

En fin, yo creo que si es posible que haya un mortal dichoso en esta vida, lo era ciertamente mi amigo, que lleno del amor de Dios y del celo lo más vivo por la humanidad, veía tantos dioses, de modo que vivía en su corazón la fidelidad de todos. ¡Pero cuánta más pena debía ser su título cuando consideraba que este bienestar que les había procurado en la tierra, los acompañaba también al cielo? Que estas eran dichas estables, que debían pasar más allá de su vida, y debían fecundar que sin más límites que la duración del mundo, debían producir nuevas generaciones, que todas disfrutarían de sus mismos beneficios.

El cielo lo dejó gozar algún tiempo de sus plácemes tan raros y exquisitos: pero al fin quiso recompensarle con los que no se acaban. Nosotros habíamos observado que después de algunos días se veía una sensible alteración en su salud; su semblante parecía pálido y marchito, sus facciones alteradas, sus ojos apagados y lánguidos, su apetito disminuido, y él mismo se quejaba de continuas viglias y desaseos. Nosotros no nos atrevíamos á mostrarle nuestra inquietud; porque este hombre tan blando y tan humano para otros, era muy duro para sí mismo, y su dulzura jamás oía con desagrado sino solo lo que podía ser cuidado ó inquietud de su persona.

Por otra parte, temíamos hacerlo ver nuestro temor. Pero un día que con sus hijos hacíamos nuestro paseo ordinario de las tardes y que respirábamos en un olivar el aire puro de los campos, vedí nos dijo, esos bellos olivos. Es verdad que su color es mustio y parecido al de los císpreses, pero qué diferencia en los efectos. Al císpres seco y sin fruto su tristeza y su esterilidad le han condenado á ser el símbolo de la muerte. En el único alorno fumarario que puede desear los depósitos salitrosos en que reposan las frías cenizas de los que yacen, pero el olivo fructífero y fecundo es el símbolo de la paz y contiene en sus ricas producciones todos los principios de la vida.

Con este motivo nos hizo oír su costumbre un sublime discurso sobre el pecete, llamándole la mas útil criatura de Dios. Después de habernos explicado los usos en que el hombre le convierte, tanto para su alimento como para las artes y manufacturas, nos expuso las relaciones que tiene con el cielo, las virtudes con que Dios le santifica y cómo es el símbolo misterioso de los mas elevados ejercicios de la religión.

Observad, nos decía, cómo con el óleo consagrado se hace el santo crisma que nos abre en el bautismo las puertas del cielo y nos graba con un lucril indestructible el carácter indeleble de cristianos. Cómo por su virtud desciende á nuestras almas el Espíritu divino que corrobora nuestra fe y nos inspira fuerza para resistir el torrente del mundo y al de nuestra propia corrupción, dándonos fuerza para superar hasta el furor de las persecuciones.

Observad que con él se comunica al sacerdote el inflexible poder con que puede derramar sobre nosotros la sangre de Jesucristo y lavar nuestras culpas. Que con él se confiere á los obispos el carácter eminente de legados de Jesucristo y de pastores de nuestras almas; y que por fin tiene la virtud de purificar nuestros miembros cuando los ha profundado los pecados, de quitarles las manchas que

han contraído, y de hacerles recobrar la gracia y los títulos de adopción que el Espíritu Santo les ha dado en el bautismo; y sobre todo, que este es el poder vehiculado con que el alma se transporta á su patria inmortal, las últimas alas con que vuela al seno de su Criador.

Después de haber dicho muchas cosas sobre este asunto, se volvió á mí y me dijo: Mariano, yo tengo mucho deseo de recibir con tiempo el Sacramento de la extrema unción, porque es el último auxilio de los que se embarcan para la eternidad. Estos miembros grossos prostituidos, tan largos años á la iniquidad de los que han menester recibir este último baño de la sangre del Cordero. Amigo, yo reclamo tu amistad y también interple tu religión. También reclamo el amor y la ternura de mis hijos y pido á todos que si la enfermedad entorpece mis sentidos, no me distaten por una falsa prudencia, ó por un vano temor de aflijirme, este santo remedio, en que tengo mucha confianza y que yo considero necesario.

Sus hijos se lo ofrecieron y yo añadí: Para mí es muy fácil hacer lo que desas, porque estoy persuadido de que este sacramento no solo es útil para la salud del alma, sino que también lo es muchas veces para la del cuerpo. Así lo cree la Iglesia y la experiencia lo acredita cada día; pues apenas se unge á los enfermos con los óleos sagrados cuando empiezan á sentirse mejores, sea que Dios aumente la virtud de los remedios, ó que comunique sus luces al médico para que los escoja con acierto. Así puede estar seguro de que no olvidará diligencia tan oportuna.

Mi amigo se enternecía. Pareció encanchar con satisfacción mi oferta y la aceptó con expresiones de gratitud; pero sea que este largo y muy sentido discurso le hubiese fatigado, ó que ya empezaba la enfermedad á desarrollar los síntomas que después se manifestaron, cuando dijo estas últimas palabras una súbita palidez, habia descolorido sus mejillas. Se sintió malo y no pudiendo sostenerse en pié, se recostó sobre la tierra. Nosotros nos turbamos y acudimos á socorrerle; pero él nos hizo señas con la mano de que le dejásemos tranquilo y lo hicimos así, sin atrevernos á decirle nada, porque conocíamos que lo importunarian nuestras inquietudes.

Este silencio fué largo, porque tardó mucho en recobrar-se; pero cuando pasó aquello congoja que le habia oprimido y se sintió mejor, poniéndose en su asiento nos dijo: Yo espero, amigos míos, que vosotros no seréis de aquellos que hacen un estudio de distraer á las personas que aman de la idea de la muerte. Esta fatal prudencia solo puede ser hija de una fría amistad ó de una fe muy débil, y yo desco que mis amigos me dejen gozar del mas dulce de mis pensamientos, que es la proximidad del término de mis esperanzas.

¡Ay hijos! considerad lo infeliz que es el hombre, que para no adligirse se halla reducido á la necesidad de olvidar que ya está cerca de morir. ¡Reflexionad cuán glorioso es para la religión el que solo en su seno la muerte sea una felicidad! Mariano, la filosofía que ha disputado y ha intentado escreeer, todas las verdades que incomodan á los vicios, debe estar deseseparada de no poder negar la muerte, que es el término y el castigo de todos. Si hubiera podido quitar á los hombres la idea de la muerte, mucho hubieran logrado sus esfuerzos para tranquilizar las pasiones y para extinguir los remordimientos. Si no se hubiera

visto morir á nadie, si la Providencia hubiera destinado un día fijo para la muerte general de todos como le ha señalado para que todos resuciten, los sofistas hubieran pretendido que la muerte era una idea supersticiosa, como pretenden que lo es la resurrección.

Pero la inrodudalidad que se atreve á negar todo lo que no se ve, no puede negar lo que dice la revelación cuando la experiencia la acredita y es mucha desgracia suya que la falte este recurso precisamente en el punto mas decisivo, en el asunto mas importante y de que desearia mas nueva corrección que se le quitasen sus terrores. Lo pesa para ella es que ella misma aumenta los horrores materiales del sepulcro y duplica las angustias de la muerte, pues nos quita todas las esperanzas sin quitarnos ninguno de sus horrores.

Solo el buen cristiano puede consolarse con la muerte, porque sabe que nada se destruye en el espíritu que le anima, y que la muerte no hace mas que dar otra forma á su existencia, que se queda lo que era; que lejos de extinguirse, no hace mas que transformarse y mejorar de suerte, pasando de una vida de prueba y pasajera á otra mas elevada, en que empieza una duración que nunca acaba. Por eso el cristiano es el único que puede hallar la certidumbre de su eternidad en las cenizas frías de esos tenebrosos enterramientos, que se tragan todas las generaciones de los hombres.

Después de este discurso mi amigo sintiéndose mejor, nos propuso volver á casa sin dar nueva señal de indisposición. En el camino le dije que seria bien avisar á don Francisco para atajar ó prevenir cualquier riesgo. Este don Francisco era el médico que mi amigo habia hecho venir al lugar y que por su talento y acierto habia obtenido nuestra confianza. Mi amigo me respondió: que venga en hora buena. Yo debo y estoy pronto á hacer lo que me ordenen; pero, Mariano, añadió acercándose á mí y bajando la voz, los hombres no pueden estorbar lo que el cielo dispone. Me parece que ha llegado la hora, y una voz interior me dice que ya es tiempo de ir á esperar en la eterna mansion.

Estas palabras me hicieron estremecer, y aunque procuré disimular á causa de sus hijos, sentí que me dió un vuelco el corazón. El me las habia dicho con aire tan agradable y risueño, que sus hijos no pudieron comprender nada, pero en mi profunjo una impresión tan profunda y dolorosa que no le pude responder. La serenidad de su semblante y la firmeza de su expresión me parecieron una prueba segura de la certeza de su presentimiento.

Don Francisco después de bien informado nos dijo, que todavía no podia hacer juicio y que para formar un concepto fundado era menester que el tiempo diese algunas otras indicaciones; que todo aquello que habian observado no tenia alguna consecuencia. No obstante lo prescribió un régimen que dijo ser bueno para todos los casos, y mi amigo se sometió con docilidad; pero yo veía que esta obediencia era mas virtud que esperanza, y que á pesar de las conjeturas favorables en que abundaba nuestro deseo de su recobro, mantenía imperturbable en su corazón la idea de su próximo fin. Nosotros con todo eso empezamos á esperar, porque en tres días enteros no volvió á sentir nuevo ataque ni otra flagela.

El mismo sintiéndose tan bueno, nos propuso renovar

nuestros paseos de la tarde. El médico los aprobó diciéndole que el aire podia serle favorable, con tal de que el ejercicio fuese moderado, y no largo ni violento; y con esto salí voluencioso nos resolvimos á ir aquella misma tarde al cementerio. Pero me parece que hasta ahora no le he dado ninguna idea de este edificio, y le lo voy á explicar.

Cuando mi amigo vino á este lugar, y se ocupó en reedificar la iglesia, dándole la forma majestuosa y decente que tiene hoy, observó que se enterraban en ella los difuntos. A su talento tan lleno del amor de la humanidad no se podían excusar los inconvenientes de esta práctica, pues en efecto, ni es prudente ni cristiano exponer á los que van á adorar al Dios de los vivos, á que se contagien con los vapores de los muertos.

De acuerdo pues con el cura y las demás autoridades públicas determinó construir un cementerio separado, donde se pudieran enterrar todos los cadáveres de la iglesia que estaban en estado y donde se enterrasen todos los que murieran en adelante, y tambien hizo levantar en él una capilla suficiente para celebrar en ella los oficios de los difuntos. Por este medio la iglesia se conservaría pura sin recibir mas incienso que el que la adoración y el amor presentan al Dios de los vivos, y en el cementerio se podria ofrecer con los ruegos y oraciones que se dirigen al alivio de los muertos.

Como al mismo tiempo mi amigo hacia construir al contorno del lugar una alameda ó paseo público y que al fin de este se hallaba un baldío, le pareció escogerlo para que se fabricase en él el cementerio, pues por este medio á la oportunidad y creencia del sitio podia añadir la ventaja del camino. Estando el paseo empedrado, y siempre bien conservado ofrecia en todo tiempo un camino fácil para todos. Allí pues y precisamente en el sitio en que la alameda se termina para acortar en lo posible la distancia, hizo tomar las medidas y dispuso un vasto espacio cuadrado, que hizo cercar con muros elevados.

En medio hizo construir una capilla para depositar los cadáveres y celebrar en ella los sacrificios y oficios funerales que la religión consagra á los que han terminado su carrera. Los cuatro ángulos espaciosos que quedaban fuera de la capilla, estaban destinados para la inhumación individual y general de todos los vecinos. Mi amigo no quería que cuando la Providencia con sus dones y la muerte con su ganancia segadora igualan á todos los humanos, el orgullo se atreva á pasar mas allá de los confines de la vida, y que pretenda poner una distincion soberbia entre cadáveres, cuyas cenizas presto serán confundidas. A la entrada hizo poner una puerta de hierro con verjas, de modo que los claros separados dejaban penetrar la vista, permitian la del cielo que estaba enfrente, y se podia registrar todo el interior; solo la podian detener algunos tristes y funestos cipreses que solo plantar al contorno de la capilla, para que con su mustia y muda tristeza anunciasen el destino de aquel lugar.

Pero para quitar á este lúgubre recinto en cuanto era posible el austero semblante de su terrible y pavorosa atmósfera, para neutralizar los mortíferos miasmas de sus vapores pútridos, hizo plantar no solo verdes y lozanos narcisos, sino cuantas plantas y flores olorosas podian producir con sus fragancias muchas exhalaciones balsámicas. Allí estaban plantados y confundidos el romero y el espliego, el



le vimos alentar con la dulce respiración de los que duermen. *El médico se acercó al lecho para examinarle, y me aseguró que era un sujeto blando y apacible. Se determinó á pasar allí la noche para observarle y estar pronto á cuando despertara. Yo fuí á hacer acostar á los hijos y volví con el fin de hacerle compañía. El sereno del enfermo duró hasta las cuatro de la mañana. Cuando desperté pareció sorprendido de encontrarnos allí, y nos preguntó la hora; se la dijimos y nos manifestó alguna pena de habernos hecho pasar tan mala noche, añadiendo que todavía no le parecía tan urgente este cuidado.*

El médico se informó de lo que había sentido interiormente en aquellos dos ataques, y le respondió que uno y otro no habían traído ninguna preparación antecedente y que ambos habían sido golpes súbitos. Que la única sensación de que le quedaba alguna idea era, como que sentía alguna cosa que le quería sofocar. Que en el primero había sentido este efecto mas tiempo, porque no había perdido la razón y había luchado contra su violencia; pero que el segundo, aunque mas fuerte, lo había sentido menos, porque se había enajenado y no podía dar razón de sí. Me parece, continuó, que tengo un enemigo interior que va adquiriendo fuerzas y desenvolviendo progresivamente su violencia, pues la primera vez me dejó libre el uso de los sentidos y en la segunda me los ha quitado. En verdad, añadió sonriendo, que si va con pasos tan largos, presto llegará el término.

El médico le ordenó algunos remedios, que tomó con docilidad, y parecía tan bueno y despejado como si no hubiera tenido nada; pero esta mejoría pasajera no me tranquilizaba ya, pues la experiencia me había hecho ver que su mal era pérfido y traidor. A las seis dijo mi amigo que deseaba levantarse y que le parecía que estaría mejor en su cama acostado. El médico respondió que no veía ningún inconveniente, y que por el contrario, pensaba que la sangre circularia mejor. Nos ponamos á la pieza inmediata, para dar lugar de vestirse, y yo me aproveché de esta oportunidad para buscar algun remedio á mi inquietud. Pregunté, pues, al médico qué juicio formaba de aquella enfermedad y con los ojos llenos de lágrimas me respondió que era un pólipso en el corazón. ¡Y qué le dije yo, no hay remedio! No, me volvió á decir. La medicina no le conoce, y cuando le hubiera, sería difícil aplicarle á lo mas íntimo y escondido del pecho! Estas son entumescencias que se forman en sus interiores cavidades. Estas se llenan continuamente con el humor que es en ellas: cuando es tanto que ya no pueden contenerle, revientan y al reventar producen estas súbitas explosiones, que causan estos desmayos y paratismos. Si la naturaleza tiene bastante fuerza para resistir á su violencia, pasan y el enfermo se halla tan bueno como si no tuviera nada. Pero la degradación es, que mientras goza de esta aparente salud, las cavidades vuelven á llenarse y sigue alterando esta lobla de ataques y victorias hasta que llega una tan violenta á que la naturaleza cede y la muerte triunfa. Como nadie puede saber el grado de fuerza que trae cada ataque, nadie puede tampoco conjeturar cuál será el último. En general pocos suelen bastar para el estrago, y los de nuestro enfermo han empezado con tanta violencia que temo que no pueda sufrir muchos. Ya no hay me-

mento seguro, cada instante es un peligro y es indispensable manifestarlo el riesgo para que tome sus disposiciones.

Mientras el médico hablaba, un sudor frío me cubría todo el cuerpo y con una vista rápida se me presentaron la pérdida que llamo á hacer y los embrazos en que yo quedaba con su casa y sus hijos. Levanté mi corazón á Dios y sin saber lo que hacía, me puse de rodillas para presentarle mi humilde súplica. Allí le ofrecí el sacrificio de la vida de mi amigo, uniéndole con el de nuestro Redentor y pidiéndole que aceptase tambien el mio. En esto nos vinieron á avisar que ya estaba levantado y nos esperaba: le encontramos vestido, y me dijo al entrar: Apuesto que nuestro don Francisco ha explicado el juicio que forma de mis accidentes.

Si, le respondí yo, y me ha hablado con la sinceridad de un hombre de bien. Entones le repetí literalmente todo lo que me había dicho, sin exagerar ni disminuir nada. Mi amigo le escuchó con semblante placido y sereno; pero cuando acabó de oírme, animándose la alegría de sus ojos y la sonrisa de sus labios, extendió los brazos y presentándonos sus manos, que nosotros enlazamos con las suyas, exclamó: Ve aquí dos buenos cristianos, dos amigos verdaderos; que el cielo que me los ha dado; los depara otro tan sinceros y fieles. Después haciéndonos sentar continuó diciéndonos: Amigos, no me dees nada de nuevo, nada que yo no sepa. Dios ha que conozco que se acerca el término de mi vida y ya se la he ofrecido á Dios en sacrificio de explicación por mis pecados.

No ignoro que la muerte es el castigo del pecado, y el que ha cometido tantos como yo, debe aceptarla con espíritu de penitencia para obtener su perdón. Amigos, cuando considero lo horrendo que es caer en manos del Dios vivo, cuando no ha habido tiempo de purificarse de sus iniquidades y delitos; cuando me acuerdo que puede morir de repente y sin un momento de separación entre la violación de la ley y la presencia del Juez supremo, me confundo, me abato y me horrorizo; y cuando considero que he pasado muchos años de mi vida culpable expuesto cada instante á este peligro, me estremezco de terror y doy gracias al Dios de las misericordias de que no me haya querido sorprender en un tiempo en que mi perdición eterna era inevitable y de que se ha dignado oprimirme y darme huesa para reclamar su bondad por los méritos de nuestro Salvador.

No nos aflijamos pues, y que las luminosas ideas de la fe sean mas fuertes en nuestro corazón que los sentimientos naturales de la flaqueza humana. Dios me llama y debo responderle como Adán: aquí estoy. Mis delitos debían aterrarme; pero su misericordia me alienta y á pesar del largo desorden de mi vida iré con confianza á presentarme delante de un padre amoroso que me ha dado el tiempo y los medios de lavarme con las aguas de la penitencia, que se ha dignado admitirme á su mesa sagrada y que ahora mismo me va á repartir el pan del cielo que comunica la inmortalidad.

Armado con estas armas, lavado con la sangre del Cordero y cargado con todos los méritos de Jesucristo que no los adquirí sino para mí, pues para sí no los necesitaba; ¡por qué no me arrojé con alegría entre los brazos de un Dios de amor que me llama y que desea mas que yo mismo darme una parte de los tesoros de su gloria! ¿Qué es

lo que pierdo! Una vida ya cansada, que mi perversidad hizo delincente muchos años, que sus luces y auxilios reformaron algunos días y que siempre estaba cercada de peligros.

Ahora pues es cuando voy á empreñar una vida de gloria que nunca acabaré; ahora es cuando ya llega el día de la esperanza y que iré á ver á mi Dios. Si, yo iré á verle: Su infinita bondad me inspira esta confianza y los méritos de mi Redentor me dan el derecho. Jesucristo crucificado pagó todas mis deudas con sus divinas satisfacciones y estos son mis títulos. Los ángeles y demás bienaventurados si han tenido noticia de mis muchos y grandes atentados, se sorprenderán de verme entrar en las mansiones celestiales, de saber que voy á ser el compañero de sus dichas y á entonar con ellos los cánticos del gozo y del amor. Pero esto acabará de hacerles conocer la inmensa bondad de nuestro Dios, les hará ver hasta dónde llega la extensión de su misericordia, y les hará inventar nuevos himnos de admiración para cantar su gloria.

Aquí las lágrimas que hasta entones solo le asomaban en los ojos, atropellándose en tamaño, se desataron en raudales caudalosos. Se puso de rodillas, besó la tierra y con voz mas esforzada dice: Sí, Dios de bondad, Dios de misericordias, que has tratado con piedad tan divina á la mas perversa de las criaturas, yo acepto con todo mi corazón la muerte que me envías. He acepto con todo mi corazón universal de todos los hombres; pues así lo dispones, hágame tu voluntad. Acepto la muerte en sacrificio de penitencia porque es el castigo que impusiste al pecado; pero junto la mia con la muerte de tu Hijo divino, para que pueda servir de explicación á mis muchos y enormes delitos.

Hágase tu voluntad; porque es tuya, hégase, porque siempre me será favorable. ¡Pero que has perdonado mis iniquidades y que á pesar de su innumerable muchedumbre me recibirás en el seno paterno de que me encantas porque tú eres mas bueno que lo que yo he podido ser malo; porque tu misericordia es mayor que mi perversidad; porque reclamo en mi favor los méritos de Jesucristo, que son míos, pues me los cedió en la cruz y dejó pagados todos mis delitos con sus infinitas satisfacciones; porque tú no desprecias un corazón contrito y humillado, y en fin, porque puse moriste para redimirme, tú me ayudarás para salvarme.

Esta oración fué articulada con tanto llanto y afectos tan sentidos, que nosotros nos deshacíamos en lágrimas. El médico temiendo que tan impetuosa efusión de sentimientos apesara los síntomas del mal, se acercó á él, y tomándolo por la mano como para ayudarlo á levantar, le dijo: Lo siento, señor; ya Dios os ha escuchado, y por ahora necesitáis de reposo. Mi amigo se levantó; pero continuó diciéndonos otras cosas de la misma especie.

Cuando logramos que calmara un poco los impetuosos ardores de conexión tan viva, me dijo: Mariano, pues que cada instante es un peligro, no perdamos ninguno. Avisa al cura para que venga á confesarme. Yo le pedire que me traiga inmediatamente el viático de mi largo viaje y que no olvide el óleo sagrado que debe ungrir las ruedas del carro que debo conducir. El cura había sido su confesor ordinario desde que se estableció en esta población. Antes de venir desde que se estableció en esta población, yo le dije y él me respondió que una vez que la enfermedad lo permitiera esto le parecía mas decente.

Entonces reflexioné que era menester preparar un altar para recibir al Señor, y que si se sabía que era para mi amigo, quería acompañarle mucha gente. Con esta idea le propuse que podíamos preparar el altar en el gimnasio. Esta era una grande sala baja consagrada á los ejercicios de los niños en los momentos de su recreación cuando el tiempo era húmedo ó lluvioso y por su mucha extensión daba lugar á un gran concurso. Mi amigo lo aprobó y yo sall á ponerlo en efecto.

Mientras el cura quedó solo con mi amigo para confesarle, yo me ocupé un pequeño rato corriente, y apenas salió aquel para volver con el sagrado viático, cuando mi amigo me llamo y me dijo: Yo no quisiera ver á mis hijos en este momento en que su presencia puede commover mucho mi sensibilidad, y quisiera emplear todas las facultades de mi alma únicamente en la visita que voy á recibir. Te ruego, Mariano, que los lleves á la iglesia para que acompañen al Señor de ida y vuelta y que los prepares á someterse á las órdenes de la Providencia con la resignación y la entereza de un cristiano.

Yo le propuse quedarme para asistirle; pero él me respondió: No; para eso bastan los criados, y lo que yo pido ahora á tu amistad es que no ocupes tu atención mas que en mi pobre hijo. Yo le obedecí, hice cuanto pude para que los recibiera noticia tan dolorosa con la constancia y resignación cristiana; pero no me costó poco tiempo y esfuerzos para ponerlos en estado de que me acompañasen á la iglesia. Allí encontramos ya un concurso inmenso, porque desde que sonó la campana en señal de viático se propagó en un instante que era para mi amigo, y hubo una grande turbación en el pueblo.

Muchos que ni siquiera sabían la enfermedad, se sorprendieron que la primera nueva que llegaba á sus oídos fuese lo que antes ser lo último que se sabe, y todos parecían tan afligidos como consternados. Venían á mí con semblantes melancólicos y descoloridos á preguntarme la enfermedad y del estado del enfermo; y cuando yo les contaba la ninguna esperanza de su recobro, prorumpían en llanto y gritaban al cielo con el acento del dolor mas vivo. No se veía mas que un triste y desconsolado movimiento, no se oía mas que los acentos del suspiro y los gemidos del alma. Esta escena fué muy terrible para mí y acabó de destrozarne el corazón.

En fin, salió el cura conduciendo al Señor, y todos se pusieron en fila para acompañarle, formando una procesion tan numerosa, que casi ocupaba el espacio que hay de la iglesia á la casa. Jamás hubo una reunión tan fervorosa y tan devota, jamás se ha implorado el cielo mas de veras. Pero cuando fué el acento del mismo pueblo, que esperaba con ansia el enfame como sucede por lo común rociado en su lecho, cuando le vió postrado en la puerta de la sala, que puesto á un lado y dejando la entrada libre, esperaba de rodillas al Dios que por última vez venia á visitarle.

La sorpresa y el dolor, á pesar de la reverencia que se debe al culto, excitaron un grito casi general. Nos unos lo mostraban á los otros; todos se aflijían, todos se consolaban sin poder discernir entre esos confusos sentimientos si debían aflijirse de saber que iba á recibir los últimos sacramentos, ó si debían consolarse al verle en un estado que parecía tan lejos de peligro.

Cuando entraron á la casa y vieron á mi amigo arrojado, se oyó que todos sin distinción, viejos, mozos y ni-

no se dirigían en voz baja aquellas expresiones abyectas que les arrancaba el dolor. Unos decían: que Dios conserva á nuestro padre; otros: que Dios prolongue con mi vida la de nuestro bienhechor; y todos: que Dios tenga misericordia de nosotros; pero mi amigo inmóvil, y con la vista siempre fija en su Dios, parecía no tener sentidos para advertir las demostraciones y los discursos de los hombres.

Luego que el Señor pasó se levantó y se puso á seguirle. Cuando el cura le puso sobre el altar, mi amigo se postó allí delante; pero ¡qué! podrá, Antonio mío, describir esta tierra y sublime situación! ¡Cuán luminosa era á los ojos de la fe, y cuán agradable debía ser á los espíritus inmortales que veían en la tierra una imagen de sus adoraciones en el cielo! ¡Cuánto debía complacerse un pueblo religioso, que humillado en presencia de su Dios le podía con fervor la conservación de un hombre benéfico, y que en las mismas oraciones que hacía, ejercía las virtudes de la caridad y de la gratitud!

¡Cuán agradable debía serles el esfuerzo de su religión, que á pesar de la actividad de su dolor y de la abundancia de sus lágrimas, contenía el ímpetu de sus sollozos y alacridades, para no interrumpir el respetuoso silencio que debe la fe á la majestad de tan alto misterio! Pero ¡cuánta mayor debía ser su placer cuando veían al penitente ya justificado, que lleno de sumisión y de amor estaba haciendo á Dios el sacrificio de su vida, que esperaba recibirle para volver con él al seno de su gloria, y que presto sería el compañero de sus delicias inefabiles!

En cuanto á mí, Antonio, ya me parecía verme rodeado del glorioso resplandor de que ahora goza; ya creía desmenuzarse en su semblante el augusto carácter de predestinado; y en efecto, en su rostro se manifestaba toda la firmeza de su fe, en la actividad de sus ojos todas las llamas de su amor, en su solicitud fervorosa todas las ansias de su corazón y en la dulzura y nobleza de su fisonomía todo el consuelo de sus felices esperanzas. Yo no puedo resistir, amigo, á la impresión que me ha dejado recuerdos tan dulces como tristes; mis ojos se desahucan en llanto y mi corazón no basta á soportar sentimientos tan vivos. Que él me obtenga la dicha de llevarme cuanto antes á las mansiones en que habita.

Cuando se acabó esta función divina en que tambien recibió todos los demás auxilios de la iglesia, todos volvimos á acompañar al Señor, y él quedó sumergido en su profundo recogimiento; y desde que dimos fin á lo que exigía nuestra reverencia, volvió á empezar un nuevo clamor con que se desahogaba la inquietud general. Todos me acercaban para informarme de mí. Todos trabajaban para arrancarme una esperanza que no les podía dar. Muchos ofrecían misas, penitencias y oraciones muy vivas, y ninguno dejaba de mostrar toda la amargura de su pena. Me cesó el tiempo y trabajo poder desembarazarme de una solicitud tan tierna como interesante; pero desahucado volví presto para continuar mis oficios piadosos con mi amigo.

Tambien desahucé aporrearme de un momento de soledad para volver á inculcar á mis jóvenes discípulos las máximas cristianas, á fin de fortalecerlos contra el natural dolor de su corazón, y que su justa sensibilidad no turbase los últimos suspiros de su padre. Por eso cuando volví con ellos á la casa, antes que le viesen los llevé á mi cuarto, tanto porque yo no me atrevería á presentárselos sin su

orden, como para que cuando este viniese, se hallasen ya preparados para trances tan amargos.

En efecto, cuando fué tiempo pasé con ellos al cuarto de mi amigo. Allí encontramos diferentes personas que habían venido á verle, y todos para consolarle le contaban las demostraciones públicas de dolor y la consternación general de todo el pueblo. Mi amigo para cortar discursos que pedían lisonjear su vanidad ó su amor propio, respondió humildemente: Es misericordia de Dios que no me hayan conocido antes, para que puedan dignarse de verme ahora con algun interés.

Pero al instante que quedamos solos llamó á un criado y le dijo: Yo no quiero consumir la poca vida que me queda en visitas inútiles. Así que en adelante no entren á mi cuarto mas que el señor cura, el médico, Mariano y mis hijos. Pero para que puedan saber de mi estado los que se interesan en mi salud, don Francisco se servirá dar todos los días una noticia por escrito, que podrán leer los que lo desearan; y que se les pida en mi nombre que me envíen á Dios. Cuando se fué al criado, añadió: Ya no hay momento que desperdicie; todo el tiempo es ya necesario para despedirme de los míos y prepararme entrar en los insondables abismos de la eternidad.

Después volviéndose á sus hijos con un semblante risueño y agradable, les dijo: Hijos míos ¡hijos queridos! Dios concede una muerte muy dulce al hombre que mas ha merecido los castigos de su justicia inexorable. ¡Ternos peñales de mi corazón no os aflijan, no lloréis por mí. Mi alma está nadando en un mar de alegría, y llena de esperanza y consuelo aguarda el momento en que su Criador se la lleve y la sumerja en la indisoluble y delicioso union que Jesucristo ha prometido á los que le adoran. Llorad, hijos míos, por los infelices que mueren sin haber conocido la excelencia y divinidad de nuestra santa religion.

Pensad bien, considerad y nunca olvidéis estas sublimes palabras; que nuestro Salvador nos dejó escritas: El que vive y cree en mí, no morirá jamás. Esta promesa divina está resonando ahora en lo mas íntimo de mi corazón, y cuanto mas me acerco al término de mis alientos, tanto mas mi espíritu se avanza, inclinándose hácia los brazos del Padre celestial, que quiere recibirme en la perpetuidad de su divina luz. Todas mis potencias embargadas con un dulce embalse meditan estas palabras de los oráculos divinos: Ya tu Dios va á introducirte en su eterno reposo; ya va á penetrar toda tu alma de todos sus resplandores; y un día sacará tambien tus huesos de la oscuridad, para que reverberes sobre ellos el inmenso resplandor de su gloria. ¡Qué esperanzas, hijos míos! ¡Quién puede meditarlos sin desfallear de admiración y de amor!

Pues bien, hijos queridos, estas palabras de tan gran consuelo han sido dictadas por Dios mismo y hacen parte del céntico sagrado que la Iglesia consagra á los que mueren en su seno; estas palabras divinas van á cantarse presently sobre mi querido cadáver cuando será conducido al cementerio. Vos las escuchareis, hijos míos, y os pido que las escuchéis con mucha atención, consuelo y reverencia cuando las oísten sobre mí. Considerad entonces que si ya no veis sobre la tierra mas que un cuerpo inanimado, una ceniza fría, es porque mi espíritu ha volado al seno de su Dios, y que si el Señor me ha perdonado, ya goza con los bienaventurados de toda la felicidad del cielo.

Que esta consideración, amados hijos, entulce la amargura del dolor natural, y con ella mi muerte lejos de adifigros pueda consolaros: que la verdad de la religion supere á la ilusión de los sentidos, y que la fe sea mas fuerte que la prudencia humana, debiera exosar á vuestra edad joven y á nuestro tierno corazón esta tris escama de dolor; pero vosotros habeis recibido una educación cristiana y sabéis que el hombre ha nacido para sufrir y resignarse. Debeis estar pronto á someteros á todas las disposiciones del cielo, y es bueno que os familiaricis desde luego con la vista y la imágen de la muerte. La muerte no puede ser terrible y pavorosa sino á los que abandonan la virtud, y tambien sorprende á la edad juvenil.

Yo quisiera dejaros establecidos y ya rotados no solo de dos esposas virtuosas, sino de los hijos de vuestros hijos; pero como sé que Dios es nuestro padre y es el mas amoroso de los padres, y que sabe mejor lo que nos conviene á todos, hago escallar este grito de la naturaleza y me arrojo rendido entre los brazos de su providencia. Demasiadas pruebas me ha dado de su proteccion para entregarme á ella lleno de confianza. ¡Y cuál puede ser mayor que la que me presenta en este lance!

Discurrid, hijos míos, cuál sería mi desconuelo si ahora que la muerte va á separarme de vosotros, en la edad en que empiezan los peligros y cuando vuestra razon sin experiencia necesita todavía de una guia que os dirija, de un padre que os instruya y de un amigo que os sostenga, el cielo me lo hubiera deparado un sucesor que llena todos mis deseos, un sucesor que ha hecho con vosotros los oficios de padre mejor que yo mismo y sobre cuyo buen corazón reposa el mio con descanso.

Ya sabéis, hijos míos, que desde que el cielo me condujo á nosotros, yo le trasapé todos los derechos de la naturaleza. Habeis visto el amor, el desvelo y la atención con que he ido desempeñando. ¡Cómo no creeré pues que contunde, y con mayor esfuerzo, si es posible, ahora que no los tiene de mí, sino del cielo! Si, hijos míos; Dios que con mi muerte os priva de la asistencia que yo os debía, la suple con la suya y caracteriza su vocacion. Le transmite los derechos de padre los alanzas de este sagrado título; pero á vosotros os impone tambien obediencia, amor y respeto. Obedecedle, pues, hijos míos; miradle como vuestro ángel tutelar sobre la tierra, ó para decirlo mejor, como la imágen de Dios, pues va á ocupar su lugar y hablaros en su nombre.

Venid pues, hijos queridos, añadiéndome en pie, venid y abrazad á vuestro tierno padre: ven, Félix mío, ven, amado Paulino, venid y dejadme gozar de este último y dulce momento que todavía concede el cielo á mi ternura. Mi dolor fuera insoportable si no le templara la esperanza de que un día nos juntáremos en el cielo. Bendigo mil veces al Señor de haberme dado dos hijos excelentes que han sido todo el consuelo de mi vida y que un día vendrán á entonar conmigo las alabanzas de nuestro Criador. Que la inmensa y paternal majestad divina os cubra con sus alas protectoras, y que su infinito amor vele sobre vosotros, para conservar la pureza de vuestro corazón. ¡Dios de misericordia! arrancadles la vida antes que se altere su inocencia.

Después viniendo á mí con cada uno de sus hijos por la

mano y haciendo el ademán de arrojárselos entre mis brazos, con voz mas esforzada me dijo: Mariano, ve aquí tus hijos. Hijos, ved aquí vuestro padre. Yo atónito, confuso y asustado en mi llanto no podía articular palabra, ni pude atinar otra cosa que abrazarme á sus pies. Sus hijos hicieron lo mismo y todos le abrazaron las rodillas. El nos enlazaba entre sus brazos y decía: Mariano, recibelos en nombre de Dios. No te separes nunca de ellos; que la muerte sola pueda dividirlos. Dame esta palabra; yo la necesito para morir tranquilo.

Esta situación era terrible, no habia corazón para poderla resistir; pero lo que mas me aflijía era, que impresiones tan vivas y de sensibilidad tan extremada no podían dejar de commoverle demasiado y apesurarse quitó los insultos de su mal. Así haciendo un esfuerzo me levanté, y á pesar de mi llanto procuré dar fuerza á mi voz y le dije: Si, amigo, yo te lo prometo. Nunca ni nada podrá separarme de tus hijos. Yo los consagro en nombre de ese Dios que me los envía por tu mano, hasta el postrer aliento de mi vida; pero alaba cada de la tuya. Estos movimientos tan vivos pueden ser perjudiciales. Tú debes á Dios, á nosotros y á tí mismo no apesurarse el momento de la Providencia. Y tomándole por la mano, le llevé á su asiento.

Después que procuré calmar la agitación de su espíritu con algunos minutos de reposo, se volvió hácia nosotros, con tonos ya sereno y apacible nos dijo: No necesitaba de esta éltion de mi alma para desahogar mi corazón y asegurar mis inquietudes; pero ahora que la naturaleza y el amor paternal se han satisfecho, ahora que la única duda que me aflijía se ha disipado, ya no me queda que desear y voy á aguardar tranquilo la hora del Señor. Volviéndose á sus hijos, los hizo poner entre sus brazos, los besó con ternura y con una voz dulce y sosegada les dijo: Hijos míos, hijos que Dios me ha dado en su misericordia, gradad bien en vuestro corazón los últimos consejos que os da un padre que os ama tiernamente y que va á morir.

Tengo hecho mi testamento, y en él os instituyo mis herederos por partes iguales. Vos sois igualmente dignos, vos me habeis amado y obedecido igualmente, y no pudierais sin injusticia preferir á ninguno. No aspiréis á ser mas ricos; ya lo sois bastante, y si lo fúerais menos, quizá quedaríais mejor. La mayor riqueza es la moderacion; pero pues Dios os ha dado estos bienes, contentaos con ellos, haced buena uza y procurad solamente conservarlos y cultivarlos para poder hacer mas bien.

Seguid el destino ó la vocacion que el Señor os inspire; pero si su providencia no se explica con señales particulares que vuestro corazón entienda, tened por cierto que ya os ha deshecho su voluntad con el nacimiento que os dió y las circunstancias en que os ha puesto. Esimad la vida del campo y preferidla, porque es la mas simple, la mas conforme á la naturaleza y á los designios de Dios; y que os puede aliviar mens de los caminos del cielo; lejos de la ambición, del furo y de lo que fomenta las pasiones, las costumbres son mas puras, los deseos menos vivos y los peligros no son tantos.

Amos siempre sin que nada pueda alterar la union de vuestras almas. Si nuestra religion nos manda amar á todos los hombres, si la naturaleza nos estimula á amar nuestros amigos, ¿cuánto mas debemos amar á los que vienen

destinados por el cielo para serlo? Dios y la naturaleza constituyen como amigos naturales á los parientes, y mucho más á los hermanos. Y si hay muchos que no lo son, es porque las pasiones han superado y corrompido esta innata propension de los corazones. Pero en una religion que todo es amor, en una ley que conserva la paz y la union no solo en los extraños, sino tambien entre los enemigos, porque la caridad nos obliga á ceder á todos; ¿cómo es posible que ninguno interés pueda separar á dos hermanos? Solo el vicio pudiera tener esta fuerza, y yo espero que jamás habitará este monstruo con vosotros.

Si vuestro corazón se inclina al matrimonio, escoged una mujer modesta, dulce y educada con las máximas de la religion. No la busquéis rica; vosotros sois bastante ricos para que ellas os dehan su fortuna, y tratad de vivir todos juntos para sosteneros recíprocamente en los sucesos y adversidades de la vida y para animaros unos á otros con el buen ejemplo. Esta cosa es suficiente para todos. Que vuestro corazón escoja la mujer digna y honesta con quien pueda enlazar toda la cadena de sus días; pero que vuestro corazón no sea el único árbitro de la eleccion, sino que tambien consulte á la razon, que esta se conforme con la del otro hermano y tambien con la del amigo que queda en mi lugar.

Aquí, hijos míos, interpongo todo el amor y cariño que me debéis, y si es necesario interpongo todo el respeto y autoridad de un padre para pedirlos y mandarlos que me deis ahora la palabra de que no tomareis ningún empeño indisoluble ni dareis la mano á ninguna mujer sin que el otro hermano lo apruebe y sin el consentimiento de Mariano. Sus dos hijos inundados en lágrimas se lo prometieron, y mi amigo después de haberlos abrazado de nuevo, rogando de aquel movimiento de sensibilidad, les volvió á decir:

Haced gloria de ser cristianos. Estimad este título como el mas alto y glorioso de todos. En ningún caso, concurso ó circunstancia os avergoncéis de seguir el Evangelio; y tened presente estas terribles palabras del hombre Dios: yo no reconozco delante de mi padre al que no me reconociere delante de los hombres.

Sobre todo, hijos míos, amadle, amad al divino Jesús con todas las fuerzas de vuestro corazón y para esto no necesitáis de otra cosa que de conocerle bien. Leed y guardad continuamente su Evangelio. Leedle para adorar y amar á su divino Autor. Meditadlo para practicarle con mas exactitud. Enapagos en todas sus máximas. Penetrad vuestro corazón de sus palabras y de su espíritu para conformar á él todas vuestras acciones y discursos. Considerad toda la vida de Jesús y tenedle presente siempre. Llevadle delante de los ojos, y en todas las ocasiones dadas preguntaos á vos mismos: ¿qué es lo que en este caso hubiera hecho Jesucristo? El mismo nos ha dicho: que el que le sigue no anda en tinieblas.

Amadle pues cuanto podéis amar. Amadle por sí mismo y porque es único objeto digno de vuestro amor. Amad después todo lo que él amó y porque nos lo manda. Cuantas criaturas existen son suyas. Por eso debemos amarlas todas, pero amándole á él sobre todas ellas. No aborrecéis sino lo que él aborreció. Que esta vil pasion del odio tan atrozmente tirana, que empieza por devorar al mismo que la tiene, no se introduza jamás en vuestros pechos, así no contra los vicios y nunca contra las personas; y tened

presente que Jesucristo quiso que su religion se distingua y se caracterice por el recíproco amor de los cristianos.

Después de Jesucristo lo que debéis amar mas es á su digna Madre, porque es lo que Jesucristo ama mas. María fué escogida para tan alta dignidad como ser Madre de Dios, porque fué la mas perfecta de las criaturas que han salido y saldrán de sus divinas manos. Tambien la constituyó madre nuestra, y por eso debemos tener mucha confianza en su poderosa intercesion. Dirigidla todos los días vuestros ruegos y sabed que la esperanza que pongo en esta madre de misericordia, es en este momento el mayor consuelo de mis justos temores.

Escoged algunos santos, según os inspire la devocion, para que sean vuestros abogados en el cielo; pero en cuanto á vuestros ángeles custodios no hay que escoger. Dios los escogió para vosotros. Estos son los tutelares y los amigos íntimos que os dió. Vuestros los debéis mucha reverencia y podéis dirigirlos á ellos en vuestras necesidades con confianza. Yo os aconsejo tambien mucha devocion á san José, esposo de María, que tiene títulos muy altos en el cielo.

No temáis en esta vida mas que á Dios; porque él solo nos puede castigar con males que no tienen fin. Los hombres no pueden hacernos mal sino con su permiso. Los males que nos hacen son pasajeros y nosotros con la paciencia y el perdón podemos transformarlos en bienes.

La tierra es una mansion de destierro, un lugar de prueba y un valle de lágrimas. Así tened por cierto que no os faltarán tribulaciones, tentaciones y congojas. Esta es la suerte de la condicion humana y pena del pecado. Por otra parte Jesucristo, mismo anunció á la virtud que sería perseguida; pero tambien nos dejó en su religion socorros que nos podemos defender.

Por eso el que vive de la fe no teme mas que á Dios y está preparado á todos los males que le pueden venir de los hombres. Si la persecucion que sufre es justa, la mira como pena de su culpa y procura convertirla en expiacion. Considera que los hombres no son mas que instrumentos de que Dios en su misericordia se sirve para castigarle en esta vida. Le da gracias, excusa á los hombres, les perdona, pide por ellos y procura aplacar al autor de la justicia.

Si la persecucion es injusta, compálecse á los malvados, se acuerda de sus propios errores y ruega á Dios que los alumbre como á él en su santidad. Piensa que Dios le premia y esfuerza su fidelidad para aprovecharse de sus frutos.

Las tribulaciones no le afligen, porque sabe que no pueden ser mas que momentáneas y breves, que producen un peso inmenso de su gloria y que las mayores no tienen proporcion con los premios inmortales que le aguardan.

Las tentaciones no le turban, porque sabe que Dios es fiel y que nos envía los socorros proporcionados á los peligros. En sus necesidades temporales no se inquiere. Después de hacer todo lo que la prudencia le aconseja, se abandona confiado á la providencia de un padre tan amante como magnífico, cuya atencion se extiende hasta el mas débil pajarillo.

En sus dudas recorre el Evangelio, levanta los ojos con recta intencion á Jesús su modelo y recibe toda la luz que necesita para decidirse sin temor. La muerte no le asusta, porque sabe que es el término de la prueba, el princi-

pio de una vida que no se acaba y que con ella empieza el día eterno que no tiene noche. Así después de haber vivido con la esperanza en la tierra, queda feliz á la patria de la inmortalidad.

Vuelvo á engorras, hijos míos, que vuestra mas continua y mas aplicada lectura sea la del Evangelio. Remid en vuestro espíritu el compendio de su doctrina celestial, y vereis que sus máximas son mas proporcionadas á producir la paz, la concordia y la dulzura de la tierra; que su moral es el único que puede hacer felices á los hombres y que cuando no hubiera otra vida, sería menester practicarla para ser dichosos en esta.

Estad bien vuestra religion y procurad concebir y grabar en vuestro espíritu el magnífico plan con que la estableció Dios y que él solo podía concebir para hacerse conocer de los hombres. Abrazadle en toda su grandeza y extension en cuanto vuestra capacidad pueda alcanzar, y por poco que podáis entrever, admirareis un edificio inmenso y grandioso que se corresponde con la mas armoniosa proporcion en todas sus partes y que es de una naturaleza muy superior á todas las concepciones humanas. Vos vereis que tan elevada y sublime claridad no puede descender mas que del Padre de las luces.

La vista de un objeto tan divino os producirá la admiracion mas asombrosa, el respeto mas profundo y la mas reverente adoracion á su Autor incomparable. Ella os abrasará el corazón de amor, viéndolo que un Dios ha hecho por los hombres; ella os hará estimar la dignidad augusta de cristianos; ella os inflamará en la dulce satisfacion y en la justa gratitud de haber sido escogidos para tan alto título; y ella os hará despreciar los bienes caducos de la tierra cuando los compareis con los que os aguardan en el cielo.

En fin, hijos míos, acordaos de mi para pedir á Dios que perdone mis largos devoratos. Amos mucho; amad á todos los hombres. Tened listísima de los débiles y de los malvados, que se dejan gobernar por sus pasiones, y mas de los ciegos voluntarios que cierran los ojos á las luces victoriosas de la fe. Huid de su compañía mas que de huya de un contagio, á menos que no tengáis esperanza de hacerles ver la luz. Sed dulces, indulgentes y hábiles con todos. Estimad la pobreza, socorred á los pobres, y no olvidéis jamás que vuestro padre no pudo ser feliz hasta que se arrojó en los brazos de la religion.

Desde que mi amigo acabó de hablar, sus hijos se pasieron de rodillas, le besaron las manos, le prometieron que no olvidarian sus consejos y que esperaban con el socorro del cielo observarlos con exactitud. Su padre entendido los recibió en sus brazos y les dijo que uno de sus mayores consuelos era morir con la idea de que dejaba en el mundo dos pedazos de su corazón, que serian un día dos adoradores eternos del Dios que habita en el empireo y que presto nos veriamos todos reunidos en su divino seno.

Yo temí que este movimiento produjese una nueva concepcion y procuré cortarla, diciendo: Que yo respondia de mis jóvenes amigos, pero que no debiamos excitar mas nuestra comun sensibilidad, sino consolarlos todos con la idea de que se hacia la voluntad de Dios. Cuando yo decia esto entraron el cura y el médico. Mi amigo les propuso se quedasen con nosotros todo el día. Ambos conviniéron y lo pasamos todos en conversaciones tiernas

y edificantes. Mi amigo hizo discursos tan sublimes sobre la majestad del cristianismo y sobre la bondad de Dios, que nos encendian y arrebataban; pero nada podía igualar á los cántablos eleocencia y al sublime entusiasmo con que nos hablaba de sus próximas esperanzas de ir á verle cara á cara, de gozar de sus perfecciones y de alabar eternamente su misericordia.

Cuando llegó la hora de recogerse, el cura y el médico querian volar toda la noche. Mi amigo no lo consintió, y en efecto, no aparecia peligro; pero el médico insistió y fué preciso darle una cama en un cuarto inmediato. Yo le forcé á que se acostara y llevé á mis dos discípulos para que hicieran lo mismo; pero yo que hacia acostar á los demás no quise hacerlo sin haber tomado las precauciones posibles. Así me quedé por allí cerca para ver si el enfermo necesitaba de algun socorro; pero viendo que ya eran las cuatro de la mañana y que mi amigo dormia con sueño tan tranquilo y natural, me pareció ir á tomar algun reposo, dejando un criado en mi lugar.

Cuál fué mi sorpresa cuando hallé á mis dos discípulos, que yo creía acostados y dormidos, al alrededor de una mesa que estaban escribiendo, y preguntándoles lo que hacian, me respondieron que no pudiendo dormir, se habían levantado para poner por escrito los consejos de su padre para no olvidarlos. Yo los abracé con ternura y les dije que esta solicitud era un seguro garante de que los habria olvidado. En efecto, cada uno habia escrito por su lado, y de las dos copias he formado el extracto que te he referido. Yo estaba tan turbado, tan fuera de mi, que no hubiera podido hacerlo por sí mismo.

Con esta conversacion y con la confrontacion de los dos escritos se nos pasó la noche, y aunque yo procuré persuadirles que entonces se fueran á acostar, Félix me dijo con semblante muy afligido: Pero, mi buen amigo (esto era el nombre que me daban), mi padre no nos ha echado hasta ahora su santa bendicion. ¿Cómo qué no le dijo yo, no tienes mas que leer tu propio escrito y verás cómo victoriosas de la fe. Huid de su compañía mas que de huya de un contagio, á menos que no tengáis esperanza de hacerles ver la luz. Sed dulces, indulgentes y hábiles con todos. Estimad la pobreza, socorred á los pobres, y no olvidéis jamás que vuestro padre no pudo ser feliz hasta que se arrojó en los brazos de la religion.

¿Qué entonces por bendicion! lo pregunté yo; y él me respondió: Yo entiendo lo que todo el mundo entiende, que nosotros nos ponamos de rodillas y que mi padre haga la cruz sobre nosotros, diciéndonos: Hijos míos, Dios os bendiga, y yo os bendigo en su nombre. Quiso persuadirle que ya habia dicho eso y mucho mas; pero ni uno ni otro querían satisfacerse, y por mas que me esforzaba á persuadirles que ya todo estaba hecho y que era inútil renovarle á su padre estos movimientos de sensibilidad, siempre me volvian á repetir: Qué desconuelo para todo nuestra vida ver que mi padre ha tenido el tiempo y la voluntad de echarnos su bendicion y que nos hemos quedado sin ella!

Yo admiraba su buen natural, y hubiera querido darles satisfacion tan fácil; pero temia volver á despertar las vivas conmoviones de su padre, y después de alguna meditacion les presenté este motivo con seriedad. Si esto puede ser perjudicial, dijo Félix, es preciso no pensar mas en ello; pero eso es mucha desgracia, añadió suspirando, que ayer que lo podía hacer sin inconveniente, no lo haya hecho: en fin, no hablemos mas. Yo vi que á pesar de todas mis

persuasiones siempre les quedaba este escorzo, así les dije: Hijos, id á acostaros por ahora, tomad algun reposo, y yo veré si esto puede ejecutarse sin riesgo del nuestro padre. Ellos se fueron á la cama y yo daba gracias á Dios de ver los sentimientos tan tierrosos y cristianos.

Cuando supe que mi amigo estaba despierto fui á su cuarto y ya encontré al médico. Le hallamos muy tranquilo, y nos dijo que había pasado buena noche, que no sentía nada que le incomodase, que si no fuera por los insultos que le habían acometido, creyera que nunca había estado mejor; pero que aquellos parasismos eran juicios ciertos de su riesgo. Entonces le conté mi sorpresa de haber encontrado á sus hijos en medio de la noche fijado en el papel sus consejos para no olvidarlos, y le leí el escrito de cada uno.

Mi amigo se enterneció admirando su feliz memoria y pidió á Dios que olvidase tan buenas disposiciones. Viéndole en tan buen estado le dije: Yo pudiera decirte otra cosa que debiera consolarte más; pero temo la ternura de tu sensible corazón, que deba estar fatigado con tan repetidas conmociones. El me protestó que del modo que se sentía no había que temer y que todo lo que podía decirle la solo podría hacerlo levantar su corazón á Dios para darle nuevas gracias. Al fin le conté nuestra conversación y el desconsuelo de sus hijos porque no les había dado la última bendición, bendición la cruz sobre ellas.

El candor y la simplicidad de la inocencia de sus hijos hizo sonreír á mi amigo; pero al instante y con un ardor presuroso me dijo: Mariano, es menester satisfacerlos. Anda y tráemelos presto. Mi mano repetirá lo que mi corazón ha hecho tantas veces. El médico se opuso con la razón de que sería un nuevo motivo de agitarle y que tantas y tan violentas sacudidas podían degenerar en convulsiones. Yo era del mismo parecer; pero mi amigo insistió diciendo que él sabría moderarse y que sería muy inhumano dejar á sus hijos privados de tan fiel consuelo cuando ellos pujan en esto tanta importancia.

Al fin nos rendimos; pero yo dije que era menester esperar á que despertasen, que no habían dormido toda la noche, y quedó así resuelto. Mi amigo se vistió, se puso en su asiento ordinario y poco después llegó nuestro vigilante, que como se consoló mucho viéndolos en tan buen estado. Yo confieso que á pesar de lo que me había dicho el médico y de lo que yo mismo había visto, no dejaba de tener también una cierta esperanza secreta. Me parecía que Dios quería quizá dejarlo todavía algun tiempo en la tierra para el bien de sus hijos, el de aquel pueblo y el consuelo de todos.

Mi amigo no nos hablaba más que de sus esperanzas, que siempre creía muy inmediatas, de la grandeza de Dios, de la extensión de sus misericordias y de la fidelidad de que goza en sus bienaventurados con su vista, y se explicaba con tanto ardor, con un entusiasmo tan noble y fervoroso, que nos parecía un hombre iluminado. Había muchos días que mi amigo no hablaba otra cosa que del cielo y de lo que podía alimentar el fuego de sus esperanzas, y siempre con ardor, viveza y dignidad; pero en aquel momento parecía excederse á sí mismo y estar poseído de un espíritu divino que le inflamaba y le sacaba de la esfera de humano.

Era un torrente caudaloso de majestuosas elocuencia, un

que corrían con fuerza y dignidad las saludables aguas de las delicias celestiales, y como si las dirigiera un impulso de órden superior, penetraba nuestras almas del ardor sobrenatural que conducían. Parecía que había transformado nuestras inteligencias en sustancias más elevadas, y que había circular en nuestras venas algunas emanaciones de la vida divina.

Todo había tomado en él un carácter, una grandeza, una actividad que parecían exceder las facultades humanas. Su tono, sus miradas, su gesto, la rapidez y majestad de sus palabras, en fin, todo lo que salía de su alma se nos presentaba con un aspecto sobrenatural. No nos atrevíamos á respirar para no perder nada. Nosotros la escuchábamos absortos y embriagados y como si quisiéramos introducir en nuestros corazones toda el alma de este hombre incomparable para que se comunicase con la nuestra.

Al oírle discursos tan altos y sublimes pronunciados con tanta facilidad y animados con tan enérgicas expresiones, se podía imaginar que ya así bebía en el seno mismo de la soberana verdad la doctrina de la santa religión y su fuerza; que cuando nos hablaba de la fidelidad de los bienaventurados, ya tenía en su interior la vista de su gloria; y que ya brillaba á sus ojos toda la inmensidad de sus eternos respaldos.

Pero cuando escuchábamos atónitos y enardecidos discursos tan sublimes, se me avisó que Félix y Paulino estaban ya vestidos. Su padre me pidió que los hiciese venir, y yo salí á conducirlos. El cura me ha contado después que mi amigo al instante fijó la vista en un Crucifijo que tenía enfrente y que quedó algun tiempo profundamente recogido; pero cuando sintió que sus hijos se acercaban, se incorporó en su asiento, que le pareció que su alma estaba llena de Dios y que sus ojos resplandecían con luces sobrenaturales y ocultas. Mi voz me ha repetido que está transformado fué tan sensible, que no pudo soseguirse de un estado de veneración y asombro, y que no pudo soseguirse de un especie de terror sagrado y religioso.

Desde que vió á sus hijos, se adelantó para recibirlos en sus brazos, y con una mezcla de dignidad y de amor que no se puede describir, les dijo con un acento blando y afectuoso: Venid, hijos míos; venid hijos, tierrosos de mi corazón; que nuestros ángeles nos asistan, que nuestros celestiales abogados nos ayuden, que la gran Madre de los cristianos sea nuestra protectora en este lance y que todos los bienaventurados intercedan para que el Dios de las misericordias escucha desde la altura de su trono la indigna voz de un padre penitente que le pide por última gracia el que se digno de acompañar con su bendición la que va á dar á sus humildes y respetuosos hijos.

Entonces estos se arrojaron á sus pies, mi amigo levantó los brazos al cielo, y nosotros sorprendidos de la solemnidad que daba á esta ceremonia, arrobados con el tono inflamado de su voz y con la elevada dignidad que daba á un acto tan tierno la circunspecta majestad de la religión, por un movimiento involuntario nos pusimos tambaleando de rodillas. Yo sentí que se me erizaban los cabellos, que la sangre corría con ímpetu por mis venas, y al mismo tiempo noté una sacudida extraordinaria de espíritu. No podía yo solemne de ver en aquel momento un mortal tan superior á todos los demás y aun á sí mismo; me figuraba verlo como coronado de una luz celestial. Sus ecos resonaban

en mi corazón y le penetraban de una especie de culto. Me parecía que el espíritu de Dios estaba entre nosotros y que inflamaba nuestras almas; en fin, que estábamos fuera de la tierra y en una esfera superior que nos acercaba á las mansiones celestiales.

Mi amigo levantando los ojos y con aquella reverente unione que acompaña al ruego religioso, dijo: Dios de las misericordias, Dios que con una bondad infatigable á pesar de mis largos errores te dignaste de venerar á mi pequeño corazón hasta volverlo al seno de tu Iglesia; tú que las has alabado con tus santas verdades, que las has hecho participar de tus divinos dones y que los has hecho en el seno de tu religión con el consuelo de la esperanza cristiana, pósmo me recibisteis propicio dos jóvenes corazones que por una consecuencia de las misericordias que has usado conmigo estás instruidos de la verdad de tu fe y desean vivir en el cielo que nos has relevado y que es el único digno de tu santidad!

Yo te presento, Señor, estos dos discípulos de tu Cristo, que le reconocen por su Dios, que desean seguir su divina ley y conformar su vida con las santas máximas de su Evangelio. Yo imploro este mismo Millable quodestis dicho para que nuestra bajeza pueda subir con él hasta la altura de tu gloria. Yo interpele á este pontífice sagrado que nos constituyó tu bondad, para que puedan serle aceptables nuestros ruegos, á fin de que lleve los míos á tu inaccesible trono, y por sus méritos infinitos derrame sobre ellos todas las bendiciones de tu gracia.

Protégelos, Señor, escóbrelos con tus luces, hazlos fuertes con tu fuerza y santos con tu santidad; que jamás se separen de tu santa esposa, de nuestra madre la Iglesia, que tú estableciste con tu sangre; que jamás se desvían de tu ley. Conservalos, Señor, en su inocencia para que cuando lleguen el día que los tiempos señalado, vengan á cantar tu gloria en la misma mansion que tu misericordia concederá á mi arrepentimiento. Y entre tanto, Dios mío, si el que vive contigo puede desoírte á la tierra, yo los rodearé con mi espíritu, yo volaré sobre ellos para que ninguna criatura ni prosperidad humana les distraiga un instante del incesante amor que te deben: á lo menos, Señor, te pediré sin interrupción que los socorras con los auxilios de tu gracia.

Ahora, Señor, ahora, Padre nuestro que estás en los cielos, dignate de abrir tu seno paternal y acoger en tu infinito abismo de misericordia el último oficio que un padre mortal puede dar á dos hijos que le confió tu providencia. Hijos, usando de todos los derechos que me dió el cielo cuando me dió la celdilla de vuestro padre y con todo el amor que debió á nuestros tierrosos y cristianos deseos, escuchad la bendición que voy á daros en nombre de nuestro Dios y de su indivisa y adorable Trinidad; y haciendo una cruz sobre cada uno, añadió: Félix, yo te bendigo; Paulino, yo te bendigo; y el Dios de las misericordias que nos ve y escucha el gemido de nuestros corazones, derrame las suyas sobre todos nosotros.

Todos estábamos inundados en llanto y mi amigo también; pero fué menester dejar que le abrazasen; sus hijos, que cogidos de su cuello le daban gracias con una ternura que dorrotta nuestros corazones. En fin, después de haber pasado algun tiempo al desahogo de todos, le procuramos sosegar diciendo que ya no debíamos tratar de las cosas de

la tierra, sino poner nuestra conversacion en el cielo. Yo para evitar todo motivo de nueva agitacion propuse alguna lectura, y mi amigo me pidió que leyese otra vez un discurso que habíamos leído poco antes sobre la alegría que en el cielo por la conversion de un pecador.

Ocho días más vivió con nosotros este hombre extraordinario, dándonos siempre nuevas instrucciones y excelentes ejemplos. Jamás se desmintieron ni su moderacion ni su paciencia; jamás le hicieron ilusion nuestras esperanzas, y cuando nos queríamos hiecer del retardado de un ataque nuevo, se sonreía como burlándose de nuestras conjeturas. No creo que sea posible caminar á la muerte con tanta alegría; pero en fin, Dios quiso premiar su virtud y corresponder á su confianza.

Una noche que todos dormíamos, un criado que le había nos vino á advertir que el insulto le había repetido. Yo volé con mi hijo; pero ya le encontramos sin sentido. Hicé llamar al médico y al cura. Todos esperábamos que esto parasismo pasara como los otros, y aun el médico hizo preparar una bebida; pero nuestra afliccion creció cuando vimos que este letargo duraba más que ninguno.

Al fin después de mas de cinco horas abrió los ojos. Félix corrió con la bebida preparada; pero él con un semblante risueño le dijo: Hijos míos, yo no necesito más que de Dios. Tendré la vista por todos lados, y viendo á los que estábamos al rededor, nos dijo: Amigos, Dios me llama; rogad por mí. Después el Crucifijo que tenía en la mano, le puso sobre su pecho, lo estrechó entre sus brazos y volvió á caer en su letargo.

Nosotros esperábamos que pudiese recobrar el sentido; pero ¡ay! aquel era el último, pues el médico, que se acercó á observarle, nos dijo algun tiempo después que ya estaba en la presencia de Dios. Todos nos conternamos con declaracion tan terrible, como si no estuviéramos preparados. Volamos á él y ya le vimos sin señal de vida. Nos pusimos de rodillas de uno y otro lado de su lecho y besándole con reverencia las dos manos, las inundamos con nuestro tierno llanto. El cura alzando los ojos y la voz, exclamó: Mortal querido de Dios, vaso grande de su misericordia, si ya estás, como pladosamente creo, en el seno de su bondad divina, no te olvides de los infelices mortales que habitan todavía en esta tierra desolada.

Sus dos hijos y los demás criados no podían contener el ímpetu de sus congojas y sollozos, y con sus angustias y alaridos gritaban al cielo: ¡Oh Dios de bondad! repite favorable en tu piadoso seno al mejor y mas amable de los padres, al mas dulce y mas justo de los amos, al mas beneficioso de los hombres y a una viva imagen tuya en la tierra. Yo oí que era prudente dejar desahogar algunos instantes á tantos afligidos corazones; pero deseano calmar tanta agitacion y que se diese lugar á la resignacion y constancia de cristianos, pedí al cura y al médico que llevasen los hijos á nuestro cuarto y los procurasen consolar, mientras yo daba las órdenes necesarias.

Antes, yo no emprendí contarle ni lo que pasó en la dolorosa funcion de su entierro, ni la pena y las lágrimas de aquel pueblo que le debía su instruccion y su felicidad; solo te diré que aunque mi amigo había mandado que se le enterrase en el cementerio como á todos, sin distincion alguna, sus hijos quisieron absolutamente que las cenizas de su padre se depositasen separadas; y para conciliar la

modestia del difunto con el justo deseo del amor filial, el cura y yo consentimos en que se pudiese en una caja de plomo, y que esta se colocase en la capilla rústicamente revestida de cal y piedra y sin mas inscripción que esta: *A su padre—Félix y Paulina.*

Tampoco se refirió los muchos y extraordinarios actos de virtudes públicas y privadas de que á su pesar fuimos

testigos y de otros que con este motivo se han publicado y que ignorábamos nosotros mismos. Se pudiera hacer un volumen, y yo no puedo mas. Demasiado ha refrescado mi corazón sus llagas dolorosas. La poderosa mano del tiempo no bastará para curarlas, y solo puede hacerlo la omnipotente mano de un Dios consolador. Adios, Antonio mio, adios.

### FIN DE LA OBRA.

## INDICE.

CARTA I.—El filósofo á Teodoro. . . . .	1	CARTA XXII . . . . .	198
CARTA II. . . . .	4	CARTA XXIII . . . . .	206
CARTA III. . . . .	10	CARTA XXIV. . . . .	215
CARTA IV. . . . .	16	CARTA XXV. . . . .	224
CARTA V. . . . .	23	CARTA XXVI. . . . .	232
CARTA VI. . . . .	33	CARTA XXVII. . . . .	240
CARTA VII. . . . .	43	CARTA XXVIII. . . . .	247
CARTA VIII. . . . .	52	CARTA XXIX. . . . .	255
CARTA IX. . . . .	64	CARTA XXX. . . . .	262
CARTA X. . . . .	75	CARTA XXXI. . . . .	269
CARTA XI. . . . .	86	CARTA XXXII. . . . .	277
CARTA XII. . . . .	98	CARTA XXXIII. . . . .	284
CARTA XIII. . . . .	109	CARTA XXXIV. . . . .	293
CARTA XIV. . . . .	118	CARTA XXXV. . . . .	303
CARTA XV. . . . .	129	CARTA XXXVI. . . . .	312
CARTA XVI. . . . .	140	CARTA XXXVII. . . . .	324
CARTA XVII. . . . .	151	CARTA XXXVIII. . . . .	337
CARTA XVIII. . . . .	162	CARTA XXXIX. . . . .	350
CARTA XIX. . . . .	171	CARTA XL. . . . .	368
CARTA XX. . . . .	180	CARTA XLI. . . . .	369
CARTA XXI. . . . .	189		

